



www.loqueleo.com/co

La canción que cruzó el desierto

© Del texto: 2026, Fernando Escobar Borrero

© De esta edición:

2026, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7889-18-7

Impreso en Colombia

Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla

Primera edición: marzo de 2026

Dirección de arte de la colección: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Dirección editorial: Ximena Godoy

Edición: María Alejandra Roa

Corrección de estilo: Fredy Ordóñez

Arte de cubierta: Paola Jiménez Molano

Diagramación: Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

La canción que cruzó el desierto

Fernando Escobar Borrero



loqueleq

*A Robert que,
aunque no cree en Dios,
encontró la manera de ayudarlo.*

*A Dios, que me permitió
estrechar la mano de Robert.*

Mis agradecimientos especiales a...

Roberto, mi hermano, por poner *Rock'n'roll Music* de The Beatles esa tarde en la radiola.

A Eduar, por tener siempre una canción.

A Richar, por inspirar mis primeras creaciones.

A mi papá, por decirme “eso está muy bien tacao”.

A mi mamá, por contarme el cuento del vaso de leche que nunca se acaba.

A Maury, por rockear conmigo durante toda la vida.

A Félix, quien me enseñó que caminando despacio se llega mejor.

A Francisco, que convierte alergias en alegrías.

A Rofus, Maury y Alfredo, por The Gilberts, la banda que nunca tocó en vivo, pero llenó estadios.

A Lucía y a Hernando, que nos permitieron dar miles de conciertos en su garaje.

A María Lucía y Juan Esteban, por gozar la música y la Navidad conmigo.

A María Ivette, por decirme un día que bailáramos *Let It Be*.

Al padre Julio, por llevarme al estadio y por casarme con María Ivette.

A Geldof, por todo lo que ha hecho por el mundo y por mí.

Al Emilio.

A la vida.

A Dios y a María.

Ciertas cosas que se cuentan
en este libro sucedieron en realidad.
Otras, podrían haber sucedido.

Algunos hechos acontecidos
no deben repetirse jamás.
Otros, deberían repetirse siempre.

Primera parte

1984

Eritrea, norte de Etiopía, África. Principios de octubre de 1984

Biruh abrió sus ojos con dificultad. Aún tenía sueño, aún tenía hambre. Un cielo naranja empezaba a despuntar la fría mañana. Esas nubes iluminadas le hicieron olvidar por unos segundos que llevaba dos días sin probar bocado. Movi6 su cabeza a la derecha. Su padre, Kamili, estaba ya de pie envolviendo algunas cosas entre una manta. Volte6 su cabeza a la izquierda y vio a sus dos hermanos. Sobre la cabeza de Mare, su hermanito de seis a~os, haba moscas. Movi6 su brazo izquierdo para espantárselas. Aunque quisiera agitar r6pido su mano, not6 que sus movimientos eran lentos. No tena muchas fuerzas. Las moscas regresaron. Abeba, su hermanita de cinco a~os, lloraba. Se incorpor6 con dificultad. Pas6 por encima de Mare intentando no despertarlo. Cuando estuvo al lado de Abeba, le puso suavemente la mano sobre su est6mago. La piel estaba tensa. Luego bes6 su mejilla. Las

lágrimas de la pequeña dejaron en sus labios un sabor a sal. Abeba intentó sonreír. Biruh la abrazó y le preguntó si quería escuchar una nueva historia de Mamba, la poderosa leona. Ella asintió. Biruh respiró hondo, como dándose alientos para empezar a contar.

14

—*Mamba estaba cansada, había caminado toda la noche casi arrastrándose, huyendo de las hambrientas hienas que la perseguían desde hacía nueve días. Estaba muy débil para volver a enfrentarlas, en esos nueve días lo único que había comido Mamba era una lagartija. Mamba tenía que subir una duna muy alta. Oyó las hienas a lo lejos. Empezó a subirla, pero estaba tan débil que se quedó acostada en la mitad de la duna.*

—Pero se levantó, ¿cierto? ¿Mamba se levantó? —preguntó Abeba abriendo sus ojos, que aún brillaban.

Biruh continuó:

—*Haciendo un gran esfuerzo, Mamba levantó su cabeza. Lamió la pata que le había mordido una hiena en la pelea. Se acordó de sus tres cachorros, que la esperaban solitos en la cueva, y se levantó.*

Abeba sonrió. Biruh volvió a respirar hondo para seguir narrando: